

El enemigo invisible

Avanzo paso a paso levantando polvo a mi espalda. En medio de un silencio ensordecedor se levantan las ruinas de una gran ciudad, donde antes las calles hervían de gente, ahora solo las plantas más fuertes crecen, árboles enormes, secos, en medio de la calle.

La sequedad y el calor me nublan la vista. El sudor hace que mi traje antirradiactivo se pegue a mi piel con un tacto repulsivo. Un escalofrío sube por mi espalda y tras las gafas de mi máscara antigás se empañan. Debo volver, se hace de noche y me esperan en el refugio.

Ando entre las paredes derrumbadas cubiertas de hierba muerta, hierba que un día creció exuberantemente junto a los colosos de madera, estos árboles llegaron a aumentar su tamaño varios metros en poco más de un año; después, tras meses y meses de sequía, de un día para otro, murieron.

Una luz verdirroja, un olor a hierro oxidado, un gusto metálico en la boca. Los últimos minutos del día son una ironía, lo maravilloso de contemplar una muerte casi palpable.

Me apuro para llegar al refugio antes de que el sol se ponga y, por consecuencia, antes también de la posible siguiente emisión. Las emisiones son momentos en que la radiación se extrema a límites imposibles, llegando a poder travesar cualquier tipo de traje antirradiactivo. Por las noches es cuando suelen ser más frecuentes, aunque esto no hace imposible que estas se generen de día. Normalmente el calor del sol las, como lo diría... las mantienen a raya.

Cuando paso por la puerta del búnquer los dos guardias de la entrada me saludan con pocas ganas. Yo hago lo mismo.

Aún me acuerdo de cuando entré al refugio subterráneo por primera vez, los terremotos y los vientos huracanados hacía tiempo ya que habían terminado y varios grupos independientes de personas buscaban comida en lo que quedaba de su ciudad. Fue gracias al difunto Dr. Pijuán, físico nuclear, que me escondí con mi grupo, a tiempo, en este agujero al que ahora llamo casa. Él nos explicó cuando podríamos salir, qué tendríamos que hacer para descontaminar comida y agua de la radiación y cómo evitar que nos afectasen las emisiones que empezaban a producirse por aquellos momentos. Fue él quien creó la inyección yodada, compuesto que nos vuelve un poco mas tolerantes a la radiactividad. Él nos dio esperanzas de sobrevivir, pero éstas se fueron dos años mas tarde, con su muerte.

Avanzo por unos pasillos grises, vacíos y mal iluminados hacia el comedor. En este momento solo deseo una cosa, que las reservas de agua y comida no se hayan acabado. Me cruzo con un hombre Que me

mira con ojos rojos. Me mira con odio.

Y él no es el único, todos me odian. Soy el único del refugio que no se quita el traje solo para comer. Los otros odian estos vestidos especiales por sus propios motivos. He aprendido a pasar de ellos.

Llego al comedor y el encargado me sirve un poco de una sustancia verde de dudoso origen y un vaso de agua. Eso es lo que comemos las 38 personas que vivimos en el búnquer

Aún recuerdo los terremotos, aún recuerdo el viento cargado de agujas de agua, aún recuerdo cuando nos anunciaron que las centrales nucleares no soportarían mucho más. Aún recuerdo cuando dejaron de emitir aquellas nefastas noticias porque las instalaciones televisivas ya no estaban en pie.

Y sobretodo, mientras me echo en la cama cubierta por mantas bastas y deshilachadas, recuerdo cómo la gente solo se preocupaba por el dinero, por proteger unas pocas monedas. Recuerdo también aquel 11 de marzo del 2011, Japón, aquella catástrofe natural... y su posterior expansión por el resto del mundo.

Por la mañana oigo ruido. Abro los ojos. Oigo gente, gente corriendo por los pasillos con la alarma de seguridad sonando estúpidamente. Un altavoz nos avisa que el búnquer probablemente no podrá aguantar la emisión que se está produciendo en el exterior. Me pongo una inyección yodada y salgo de mi habitación. El medidor de radiación de mi traje carraspea a su máxima potencia hasta que se rompe. Llego al comedor, y veo unas doce personas que se miran y susurran. Se crea un mortífero silencio. Nadie, repito, nadie lleva su traje antirradiactivo. Me miran como si fuese un bicho raro.

Dejan de prestarme atención cuando un hombre cae al suelo muerto, con quemaduras por todo su cuerpo. Los otros se miran entre sí y van cayendo también. Un hombre viene corriendo hacia mí con la mano alzada para quitarme la máscara, pero cae al suelo a dos pasos de mí. A la gente que queda en vida se les ocurre la misma idea.

Echo a correr pasillo arriba en busca de la salida. Casi me tropiezo. Un cadáver. Escaleras. Intento no caer. No oigo ruido, pero sé que están detrás mío, a pocos pasos. Sufriendo. Quemándose desde dentro por el peor monstruo que el hombre creó jamás. Un enemigo incontrolable.

Llego a la puerta de entrada y salgo al exterior. Ya nadie me sigue tras varios minutos de carrera continua por el búnquer. La luz del sol me muestra un paisaje precioso y pienso en mi vida, en la de los otros. Pienso en su forma de morir. Horripilante, dolorosa, esto no lo quería para nadie.

Me pregunto qué sería vivir si eres el último de tu especie. Me lo

pregunto mientras me saco la máscara antigás. Y, cuando el viento roza mi cara tras siete años, caigo muerto al suelo. Muerto por un enemigo invisible.

Martí Ollé Baiget 1r BAT A